

sara sefchovich

**yo
te hablo
de tú**

Tu mamá ya no quería más hijos. Había empezado un segundo matrimonio con un viudo y con cuatro niños. Luego juntos habían hecho otros dos. Pero naciste tú.

Naciste en las calles frías y neblinosas de Londres, cuando la reina Victoria se vestía de negro eternamente por un marido muerto hacia más años que los que nadie recordaba. Naciste en las casas tibias de la aristocracia heredera, venida a menos, pero aún capaz de no trabajar. En la atmósfera mágica de Wendy la de Peter Pan, tuviste una casa con muchos pisos, colores grises por fuera y endredones sobre las camas, cocineras guardadas cincuenta años en los pisos bajos, mucamas silenciosas de largos vestidos negros, niños obedientes siempre limpios y puestos en su debido lugar. Nostalgia de

esos tiempos, nostalgia del siglo diecinueve. Porque tú eres del siglo diecinueve, tú y lo que hiciste. Epocas de orden, estabilidad y optimismo sostenido sobre mucha miseria que nadie de ustedes quería ver, mundos que sabrías recrear y cuyo fin supiste que se aproximaba, pero preferiste no ver.

Fuiste bonita. Redonda de muy pequeña, espigada y con las líneas marcadas, conforme crecías. No supiste nunca

cómo vestirse, cómo caminar menos desgarbadamente, cómo seguir una conversación sobre nada o bailar en las fiestas. Te encerraste y te pusiste a leer. Leíste tanto que te supiste toda la literatura, tu literatura inglesa. Amaste el siglo dieciséis y te burlaste del tuyo. Nostálgica y conservadora, diste paso a un nuevo mundo que te destruía.

Te regalaron una jaula con un pájaro vivo; escribías un periódico para la familia; te quisieron enseñar a cantar y fue imposible; quedaste huérfana muy pequeña. Sólo perduró para ti el recuerdo de una madre entregada y delicada, ésa que tú nunca serías, ésa sin pensamientos propios, la que preparaba pollo y se comía sólo la pata. Madre de hogar dulce hogar que todos quisiéramos tener y que todos quisiéramos que nuestros hijos tuvieran. Madre calor, bordar, cocinar. Madre confidente, siempre presente pero no demasiado. Padre hombre, padre niño, hombre de letras, niño de mimos. Fuiste huérfana, te quedaste sola.

Leñías a la literatura en la sangre, por herencia de generaciones que se pierden en los árboles genealógicos. Conociste



muy joven y muy cerca la muerte, la locura, el calor de hogar y los intelectuales y artistas más famosos. Los miraste desde tu pedestal de tímida y recibiste de ellos las primeras ideas. También miraste por el balcón a tus hermanos que iban a la universidad y te enfureciste. Aprendiste lo que era tu ser de mujer.

Conociste mal el amor y le temiste. ¿Descubriste algún día tu cuerpo y te dejaste ir en sus placeres?. Tú y tu obra son cerebro, ocultamiento de las sensaciones, lejanía de los sueños, viviendo un mundo de pensamiento y filosofía, huyendo de la cotidianidad, de los tedios, pero siempre reales y concretos.

Te hicieron mal al enseñarte así el amor y el cuerpo. Te hiciste prisionera. Soltaste tu mente y nunca tu piel, tus entrañas, tu sexo. Ni para hombres ni para mujeres. Dicen que amaste más a las mujeres, que con ellas hacías el amor. No es cierto, ellas te daban menos miedo y te dejabas tocar un poco más. Pero tampoco a ellas les entregaste tu cuerpo.

Amaste hombres y mujeres, escritores y pintores, señoras inteligentes, damas de ocio. Amaste a tu clase, a quienes te rodeaban, a tu familia (¡Cómo amaste a tu hermana!), a quienes te daban. Pero amaste poco. No supiste amar profundamente, ni a los demás ni a ti. Sólo tu obra habitó tu cuerpo, sólo tus miedos. El mundo no existía, la humanidad no te afectaba. En tu círculo pequeño se quedaron reducidos los fantasmas del mundo, las acciones de tu ingenio.

¿Recuerdas la casa en la playa?. Las playas grises, llenas de hermosas aventuras. Los viajes al campo, las muchas casas, los espacios enormes para caminar. Siempre el silencio, la belleza triste y tranquila de tu isla, de todos tus lugares, de tu paz inglesa que se sostenía sobre el mundo, que lo movía y que parecía no moverse.

Empezaste a escribir desde muy pequeña porque para ti la vida no tenía alternativa. No sabías bailar, no deseabas con el cuerpo, no podías ni querías ni necesitabas trabajar o salir al mundo. Pintar era dominio de tu hermana, estudiar era para los varones. ¿Qué te quedaba a ti que habías leído tanto, que tenías tiempo libre sin límite, el alimento asegurado, que querías encerrarte, ponerte una falda, unas calcetas y un sueter, vivir una vida tranquila, con el pelo recogido, tomando el té a las cinco y sin lavar nunca la taza?

Empezaste a escribir, dedicada, cuando ya no eras muy joven. Dedicada sólo al trabajo. Desde entonces y para siempre

tu vida sería la de levantarse y desayunar, escribir y comer, caminar y tomar el té, leer y cenar, charlar y dormir. Una vida que parecía agradable (maldita palabra tibia).

Pero hubo más. Hubo amigos jóvenes, los primeros en entrar al nuevo siglo con sus libros, cuadros, vicios. Salvaron a su sociedad de la decadencia que parecía inminente. Había también cartas de amor, tu flacura que se deshacía, tú frágil y fuerte, que escribías desde hace siglos y que te bañabas desnuda en el mar o lo mirabas desde la orilla. Tú que caminabas por los campos con las manos en las bolsas, ¿qué pensabas? Te pareció que tus personajes y tu mundo merecían ponerse por escrito y lo hiciste. Hiciste de tu idioma un arte pocas veces igualado. ¿Como pudiste hacer eso con las mismas palabras que todos hablamos? Palabras demoledoras, cultivo de la palabra, la palabra como entidad única, sola, que se teje con otras igual de únicas. Palabras independientes, música clásica y pesada, textuosas, corriendo de principio a fin sin tropiezos como el agua densa de las olas del mar. Visiones que se volvieron verbo, verbo que se convertía en monólogo sin fin. Tu pluma nunca paró. Escribías como trabajo y como descanso. Trabajo en una obra que atacaba al mundo viejo mientras lo recuperaba y reconstruía, en críticas exquisitas y llenas de erudición. Descanso en las cartas hermosas, íntimas, escritas casi con pasión: en tu diario suelto, libre, llano. ¿Dónde está la magia de tu trabajar escribiendo y descansar escribiendo todavía mejor? ¿Dónde la magia del paso de escribir con la conciencia y el pensamiento a escribir con los sentimientos y la mano suelta?

Siete años tardaste para escribir el primer libro, niña de ocios y fantasías, te convertiste en mujer (sin nunca llegar a serlo) y sólo entonces, cuando cumpliste treinta años, te atreviste a terminar.

Te casaste no por amor sino por compañía. Un judío sin un quinto, militante y socialista. Te buscó, mimó, cuidó, protegió siempre. Tuvo contigo esa suerte de complicidad que te permitió tener paz y escribir. Y aceptó negarse a sí mismo la paternidad para cuidarte.

Te dolió no ser madre, sentiste envidia. ¿hubieras sabido serlo?

Tu tiempo no te trató mal. La posteridad te olvidó durante algunos años y ahora te vuelve a recordar, te utiliza, te ha convertido en buen artículo de consumo. Biografías y comentarios a las biografías, ediciones finas de todos tus papeles, camisetitas con tu rostro, eres famosa.

Dicen que sentiste la locura, tú que tan cerca vivías de

Freud, tú que lo habías leído. Cuentan tu locura con números, por las veces que estuviste internada, que ellos te internaron, porque temían a tu clarividencia, a tus delirios que eran de no sometimiento, porque estaban cansados de tus exigencias. "Era la mirada sobre tí, la única mirada desolada que era toda tu existencia, a la que debías el brote luminoso de delicias sin sombra, de la pasión que te revivía como un vino misterioso. La tuya es una vieja historia, locura de creador y de mujer" *

Siete años para escribir sobre un viaje a tierras lejanas. Un buque y el mar, una mujer incapaz de amar, una vida victoriana llevada hasta las tierras imaginarias de América del Sur.

Nunca saliste de tu país, de tu barrio. Cuando te trasladabas físicamente llevabas puesto el abrigo y no veías nada. Portugal y América del Sur te parecían un mismo paisaje. La niña que viaja, los nombres convencionales, la tía que acompaña, el galán. Siete años para una novela interna, siete años para soltar la mano y tomar el ritmo.

Tuviste tu propia imprenta, fuiste tu editor. Nunca sentiste el miedo de escribir y no poder darlo a luz. Pero sentiste miedo atroz del que dirán, casi te enloqueció ese miedo.

Hay mujeres cuya vida es una novela y no tienen tiempo de escribir. La tuya es otra cosa. Tú y tu obra no tienen acción, no se mueven, no pasa nada. Los personajes transcurren detrás de los gruesos cortinajes de las casas inglesas, y en los parques de césped bien cortado reducen sus aventuras al pensamiento. Los seres que inventaste-recreaste nunca supieron servir una taza de té con simpleza, siempre estuvieron atravesados por pensamientos difíciles, filosofía de la vida, diálogos perfectos. Nunca derramaron el té, nunca estornudaron. Lirica-romántica- ¿puedo llamarte así?

Cuatro años para otra novela. Querías alcanzar la cima de lo clásico sólo para demostrarte que podías. Armaste la trama perfecta y conseguiste el libro más aburrido del mundo. Hiciste esperar diecisiete capítulos para llevar a un mediocre final feliz. Como película norteamericana, los diálogos son cortos, los silencios largos, los vestidos hermosos, las alfombras mullidas, la limpieza absoluta, el entendimiento tácito por encima de las palabras, pocos los conflictos, nulo el ruido.

Recordemos algunos amigos. Lytton que supo vivir sus vicios hasta consumirse en ellos mientras escribía biografías; Katherine flama viva, escritora y mujer de belleza única; Vita dama de ocio, última aristócrata inglesa, escritora mediocre, pero mujer pasional que supo hacer de su vida lo que quiso y consiguió arreglar a su gusto el amor, los hijos, el mundo y a

(*) Rosario Ferré.

tí; Roger amante defensor del arte nuevo; Vanessa que desafió convenciones, vivió y amó a muchos hombres, supo ser madre; Eliot poeta difícil; Ethel vieja rãta con la música en las venas y en las arrugas; Leonard, cuyo mayor mérito, a pesar de los muchos que tuvo, es haber sido tu marido.

Después, el tema ya no te importó más. Sabías que te repetías, pero era la forma tu delirio. Jugaste con ella buscando la circularidad perfecta, en el cuarto casi vacío del joven Jacobo, en el carácter de la señora Dalloway. Héroes, seres pensantes rodeados de señoras que hablan mucho, de nombres que se repiten y confunden hasta perder importancia, de señores que día tras día cumplen un mismo horario. Héroes sin apetito, familias encerradas en casas, tazas de té con pastitas, cenas, cuartos al final de las escaleras, cigarros rigurosamente fumados después de cenar frente a chimineas eternamente prendidas, melancolía.

El Faro y Las Olas son un racimo inseparable de tu cumbre. Estabas tan dentro de ti. No tenías diálogo, tenías pensamiento. No existía nada más que la distancia, el mirar por la ventana, el discurrir internamente, las frustraciones y el hastío de la mediocridad, todo frente a las seguridades de lo que nunca cambia, el valor del hogar y la puntualidad, la certeza de que aún hay cosas importantes en el mundo, sus pilares: las paredes de una casa, las calles del barrio, las campanadas de la iglesia y las tazas de té. Como en Al Faro, todos queremos ir, planeamos ir y nunca vamos. Como en Las Olas, personajes silenciosos se mueven alrededor del mito terminado de nuestro tiempo, se miran muy adentro y se asustan.

En los años contaste el cambio del mundo desde tu mirada solitaria y alejada, antes rebelde, entonces de madura aceptación, y después te aflojaste, inventaste un hombre-mujer siempre joven, Orlando que pasaba por los siglos, todo lo miraba, amaba la literatura y siempre tenía dinero y buena suerte.

Sentiste la locura. Intentaste huir de ella. Hiciste una prueba y escribiste más. No sirvió. Sabías que estabas terminada, nada de lo que hacías te satisfacía, habías dado todo de ti, tuviste miedo, no escribiste más.

Escucha.

No vamos a dejar que te metan a la mesa de disección, que sólo aquellos que no viven la literatura, que no sienten la biografía y que no conocen la historia son capaces de hacer. Como hiciste tú con las miserias de tu tiempo, haremos como que no existen ni los sicoanalistas, ni los críticos, ni tus biógrafos moralistas y pretendidamente objetivos.



Tú que cambiaste la narrativa, que rompiste lo externo y entraste en la conciencia. Tú que alteraste la cronología, que hiciste del tiempo una plastilina para mover y mover. Tú con tus símbolos, con tu ritmo de mar, tú solitaria azarosa y obsesiva, que reconcilias con armonía y pones lo estético como Proust y Joyce. Tú con "empecinada dedicación a la reminiscencia" (*), de ti aprendí que una mujer necesita tener dinero y un cuarto suyo para ser alguien.

¡Pero llegaron las imágenes de guerra, los miedos de la fantasía, los zumbidos internos que se igualaban a los aviones militares. Tú no entendiste nada. Del siglo veinte aprovechabas la luz eléctrica y los aparatos para la cocina, el agua corriente y el gas. Pero no entendiste que para entrar, para nacer, el siglo veinte tuvo que romper un mundo, y tuvo que hacerlo dos veces porque ese mundo estaba demasiado fuertemente cimentado y no le salían las raíces. Con sangre veje, maltrato, violó, asesinó, llenó la historia de recuerdos vergonzosos, pero se instaló. Los de tu mundo morían, estabas sola, tu obra terminada, el puente que habías armado tú ya no necesitaba más ladrillos, la literatura inglesa ya no te necesitaba, tu incipiente y escasa lucha por las mujeres había ganado el voto, no tenías más razón para vivir. Valiente tú, miedosa tú, te metiste en el agua con piedras en las bolsas de tu abrigo de tweed inglés, y te quedaste ahí, con el líquido que entraba por todos tus orificios, con los gritos de tu cerebro aplacándose lentamente cuando ya no había más aire en los pulmones sino sólo agua, agua, agua silenciosa y rítmica como las olas, solitaria como el faro, limpia como el cuarto de Jacobo, suave y dulce como tantas heroínas que inventaste.

Estabas muerta. Habías muerto tú sola y por tu propia decisión. Pero yo no he olvidado tu nombre. He construido contigo un mito, guardo la verdad que escasamente conozco de ti y que sólo intuyo, busco respuestas en tus novelas, en tus cartas, en tu diario, en las críticas maravillosas a los viejos escritores y en los consejos retrogradados a los jóvenes poetas. Te hablo de tú Adeline Virginia.

BIBLIOGRAFIA

A. PARA AMAR A VIRGINIA

1. Ferré, Rosario., "Virginia Woolf o la muerte bajo las olas", *La Gotera en el cráneo*, Revista bimestral del Departamento de Bellas Artes del Gobierno de Jalisco, Guadalajara, México,

No. 13-14, 1977. Un texto bello y erudito. Lástima que es demasiado corto.

2. Bell, Quentin., *Virginia Woolf, a biography*, London, Paladin, 1976, dos tomos. El punto de partida necesario para conocer a Virginia. Una biografía completísima, bien hecha, excelentemente documentada, pero ojo con las interpretaciones, las omisiones, la cronología.

3. *The letters of Virginia Woolf*, editada por Nigel Nicolson, London, Harcourt, Brace, Jovanovich, 1977. Estas cartas forman dos volúmenes, de los cuales sólo el primero ha sido publicado. Se recomienda leerlas sin atender demasiado a la introducción y a los comentarios del editor, y atendiendo únicamente al texto que de por sí ha sido seleccionado y expugnado por "los guardianes de la herencia (moral) de Virginia".



4. *Los diarios de Virginia Woolf*. Hay una edición reciente publicada en Londres, que no conoce quien esto escribe. Pero baste con los extractos seleccionados por Leonard Woolf, New York, Harcourt, Brace and Co, 1954.

5. Woolf, Virginia., *Contemporary writers*, New York, London, Harcourt Brace, Jovanovich, 1976.

6. *Recollections of Virginia Woolf by her contemporaries*, Editado por J. Russel Noble, New York, W. Morrow and Co, 1972.

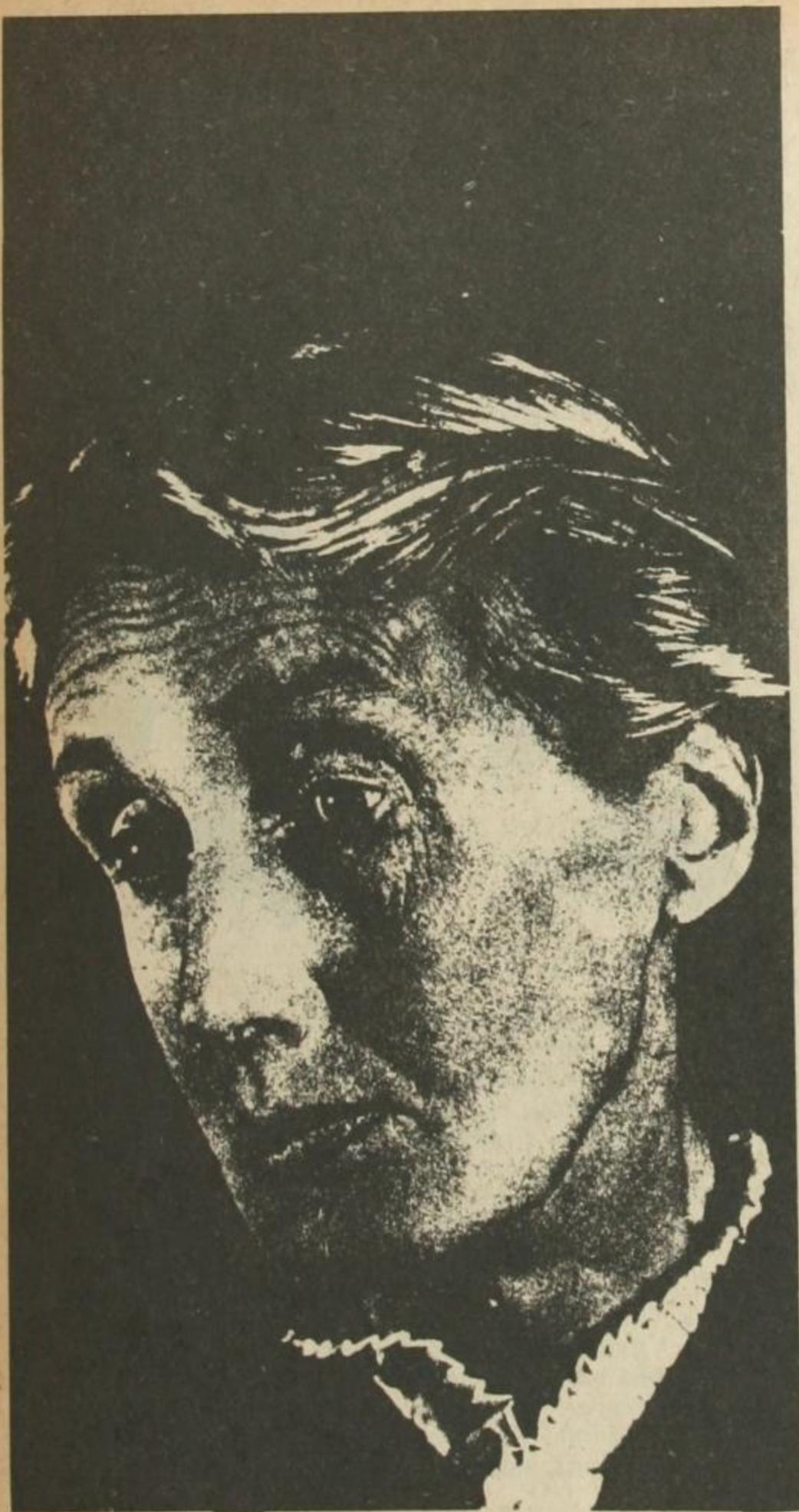
7. Woolf, Virginia., *The captains death bed and other essays*, New York, Harcourt, B race, Jovanovich, 1950.

8. Woolf, Virginia., *Orlando*, Buenos Aires, Sudamericana, 1968, Hermosísima traducción de J.L. Borges.

9. Woolf, Virginia., *The Waves*, London, Panther, 1976.

10. Woolf, Virginia., *Al Faro*, Buenos Aires, Sudamericana, 1976. trad. A. Marischal.

(*) Rosario Ferré.



11. Woolf, Virginia., *Una habitación propia*, Barcelona, Seix Barral, 1967, Trad. L. Pujol.

B. PARA CONOCER A VIRGINIA

1. Blamires, Henry., *A Short history of English Literature*, London, Methuen and Co, 1974.

2. Lee, Hermione, *The novels of Virginia Woolf*, London, Methuen and Co, 1977.

3. Chastaing, Maxime., *La Philosophie de Virginia Woolf*, Paris, Presses Universitaires de France, 1951.

4. Woolf, Virginia., *Night and Day*, New York, Harcourt, Brace, Jovanovich, 1968.

5. Woolf, Virginia., *Mrs. Dalloway*, London, Panther, 1976.

C. PARA ODIAR A VIRGINIA.

1. Kubie, Lawrence, S., "The drive to become both sexes", ponencia Annual Meeting of the American Psychoanalytic Association, St. Louis, 1954.

D. OBRAS COMPLETAS DE VIRGINIA (Con fecha de primera edición)

The voyage out (El viaje hacia afuera), 1915.

Night and Day (Noche y día), 1919.

Kew Gardens (Los jardines Kew), 1919.

Monday or Tuesday (Lunes o martes), 1921.

Jacobs Room (El cuarto de Jacobo), 1922.

The Common Reader. (El lector común) Primera serie: 1925) Segunda serie: 1932.

Mrs. Dalloway (La Sra. Dalloway), 1925.

To the Lighthouse (Al Faro), 1927.

Orlando, 1928.

A Room of one's own (Una habitación propia), 1929.

The waves, (Las olas), 1931.

Letter to a young poet (Carta a un joven poeta), 1932.

Flush: a biography (Biografía de Flush), 1933.

The years (Los años), 1937.

Three Guines (Tres guineas), 1938.

Roger Fry: A biography (Biografía de Roger Fry), 1940.

Between the acts (Entre los actos) 1941.

The death of the moth and other essays (La muerte de la polilla y otros ensayos), 1947.

The Captains death bed and other essays (El lecho de muerte del Capitan y otros ensayos), 1950.

A writer's diary (Diario de una escritora), 1954.

Granite and Rainbow (El Granito y el arcoiris), 1958.

Contemporary writers (Escritores contemporáneos), 1965.

Collected essays (Ensayos), 4 vols, 1967.

Mrs. Dalloway Party (La fiesta de la Sra. Dalloway), 1973.

The letters of Virginia Woolf (Las cartas de Virginia Woolf), Vol. 1: 1888-1912, 1976. Hay una edición de las cartas de Virginia a Lytton Strachey, 1956).

Freshwater (Agua dulce), 1976